

# Respuesta por el niño Juan Manuel

CARMEN NARANJO

(Fragmento)

Ahora la ventana está cerrada y ya no hay frío en el cuarto, pero parece más angosto, ca si estrecho con la cama larga, cubierta por una sábana blanca. Los cuatro hombres acomodaron las sillas en un semicírculo, abierto hacia el centro del cuarto, como si quisieran reverenciar el cuerpo presente o vigilar la forma lánguida en que flaquean las velas. Perfectamente distribuida, en medio del espacio en que se colocaron las sillas, una mesa de patas cortas extiende generosa unos paquetes de cigarrillos abiertos, varias tazas de café, de un color claro que contrasta en su fondo con el líquido oscuro y brillante, una cafetera, el recipiente del azúcar, dos ceniceros y unas hojas manuscritas, tan ajadas que rompen la uniformidad lisa de los muebles. Tal vez una luz más fuerte encontraría ceniza regada en la mesa y en la alfombra, y una colilla mal puesta que ha rodado indiscreta por las tablas. Un detallista podría describir el cuarto con la luminosidad de una acuarela, agitada en la penumbra por la luz oscilante de las candelas. Compuesto el momento, un momento quieto, por cuatro hombres que velan y un cuerpo que reposa. Allá una cama de caoba, con altos paralelos, por acá un grupo de espectadores ceremoniosos, un poco inquietos y desconcertados por la seriedad del instante. Es tan difícil permanecer inmóvil, la acuarela con la rapidez de una captación asoma un ojo, ese del que ve el cuadro y descubre una crisis, tal vez una ruidosa o simplemente un gesto indescifrable. Después una mano que juega, que de un poco nerviosa, con un papel que acabará arrugado en el suelo o lanzado al espacio como una bola blanca y rodante por el silencio del cuarto. Y así penetran lo por aquí y por allí deteniéndose en cada uno de los rostros, atravesando la estancia de puntillas, llegando hasta el borde de ese momento que no existe y pudo existir, las voces empiezan a despertarse sin preguntar en dónde se está.

—Pues hubiera sido espectacular inolvidable la llegada de la policía, por cierto mejor llamarla guardia civil, como en los versos de García Lorca. Una oportunidad única para contestar "aquí pasó lo de siempre, han muerto cuatro romanos y cinco cartagineses".

—¿Qué ganas de hacer poesía a esta altura! Con mi cansancio y el frío no puedo hilar una frase.

—Nadie está aquí a la fuerza. —Lo sé. Estoy exagerando un poco. Es una forma de defenderme cuando no puedo hacer citas con el mismo tono y acierto. —Y pensar que los dos tipos tenían mal olfato, a pesar de ser perros cazadores. ¿Es el colmo! Una vela para un hijo natural,

bien escondida. No puedo detener la risa, y lo mejor fue que lo contagié. Una escena digna de Shakespeare, acabamos llorosos y buenos amigos como en cualquier cuento ruso. Desbordando el propio borde, completamente embriagados en la lujuria de una opinión.

—Pero, el otro era más listo, no cabe duda, todavía al salir tuvo el aplomo de confirmar su sensación de engaño.

—Era más vulgar, eso es todo, pero hiciste bien en condimentar el misterio que presentía, un lenguaje sugestivo es el mejor remedio para los presentimientos. Si te hubieras negado, de seguro estaríamos ahora discutiendo con las autoridades.

—También es que todo ha sido sospechoso, no organizamos bien el acto, pero sí hemos adquirido experiencia para otra ocasión.

—¿Otra ocasión? No creo que el cuerpo aguante tanto. He pasado por verdaderas tensiones. Eso de compartir con desconocidos es cosa seria. Ya han visto las sorpresas de esta noche.

—En eso mismo he estado pensando. No fue buena la idea de llamar a esos extraños, sentarlos aquí.

—Sus reacciones han sido lo más interesante de la noche.

—No. Hemos perdido toda reverencia, hemos jugado brutalmente con Juan Manuel y no hay derecho. Nos hemos puesto trajes de comedia encima de estas ropas. No estoy de acuerdo con mi papel de bufón.

—No habíamos pensado en la posibilidad de que a pudiera traicionar algo.

—Desde que entró el primer extraño, empezamos a fingir, y no era para menos, teníamos que dar a la vela un toque de realidad casi forzado, ya no era el dolor de Juan Manuel ni la sensación de su muerte, era básicamente la necesidad de transmitir a los demás el toque ceremonial de este acontecimiento.

—¿Acontecimientos? Pues sí, nos hemos puesto a jugar a los acontecimientos como lo hacía Juan Manuel. Al principio no me molestaron los espectadores, hasta los creí necesarios y aumentaron en cierta forma las propias percepciones que buscaba. Pero, después, cuando se hicieron detectivos, preguntones... bueno, desde ese momento se perdió el equilibrio, nos sentimos observados, bajo sospecha... y reaccionamos como simples comediantes. Ahora comprendo, no somos teatrales, nos hacen teatrales por exceso de vigilancia o por carencia de atención.

—Ya podemos decir: ¡al fin solos!

—No somos ningún matrimonio, ni parejas de amantes perseguidos. La soledad es un estado...

—¡Por favor! Dejemos hoy en paz las teorías, que descansen como Juan Manuel y chao.

—¿Qué hacemos ahora? La rareza de la interrupción es que desconcierta completamente.

—Podemos volver a empezar. Es cosa de concentración. Cada uno en silencio y pensando...

La rapidez de la acuarela se moviliza, se ha perseguido el movimiento, se alcanza la velocidad de un gesto apenas insinuado, se culmina la continuación del momento... pero acaba ahí con el comienzo de las voces, porque lo demás está fuera del cuadro. Pero la acuarela, al cristalizar en algo susceptible al rompimiento, da un bajo relieve en que se vuelven a mover los seres y los objetos, excepto el cuerpo debajo de la sábana blanca. El perfil de las figuras está a punto de caminar, pues los ojos están fijos en una sola cara y esa cara contiene la impresión de estar en el momento previo de confiar un relato.

—Ahora sé muchas cosas, tantas que me es difícil ponerlas en orden. Podría empezar con este sentimiento de encontrarme en el fondo de un pozo y no saber por qué estoy ahí. La oscuridad es una costumbre y dentro de ella surgen luces, falsas luces que son como imanes para andar en lo oscuro sin tropezar. La verdadera luz, la que responderá con certeza, es una pregunta sin respuesta. Pero, esa es una simple sensación que ni sostiene ni hace caer, el problema empieza en otra parte. Está aquí en mi cuerpo, está allá con Juan Manuel. ¿Por qué tenía que ser él? ¿Por qué tenía que ser yo? ¿Cuál es la relación entre ambos? Me lo doblo para comprender, pero me introduzco en un círculo de espejos, donde sin verse sólo hay una prolongación inconclusa de ojos, manos, bocas y el aprendizaje infinito de los gestos y de los conformos. ¿Cómo empezó esto? En el principio está la arbitrariedad de todo. Recuerdo que surgió como parte de un sueño. No estaba seguro de estar completamente despierto; Juan Manuel llegó con su muñeco ambulante, los oí hablar sin saber cómo estaban ahí, sin siquiera preocuparme por ello. Es tan fácil encontrar explicaciones y pretextos para seguir soñando. Nada más que un poco de consentimiento y basta. Entonces comprendí mi soledad. En aquel momento se cayeron los libros del estante, como trastos inútiles. La verdadera historia era la de uno mismo creciendo en la penumbra. Juan Manuel era yo mismo, la rebeldía de lo construido que buscaba una ventana para escapar y empezar de nuevo. ¿Lo comprenden? Solo, desamparado, sin protecciones, un comienzo por la calle con ojos nuevos, un anhelo de alegrías en la sensación plena de la vida, un acto pleno de sensualidad regocijándose en el hecho de ser libre, fuerte, alto. ¿Lo comprenden? Yo apenas estoy entrando en las palabras que empezaron a explicar tantas cosas. No sé si soy válido, si poseo poderes extraordinarios, si puedo encontrar la luz, si tengo entre mis manos un juego de vida y muerte. Ya ni siquiera me interesa eso. ¿Saben cuál es mi tragedia? Nunca encontré nada fuera de mí mismo. Mi infancia fue una labor estruendosa de construcción, bajo la mirada fiera de las perspectivas que



divinaban en mí. No he podido ser original, el carácter del abuelo, las manías de mi padre, los insomnios de mi tío, el asma de mi otro abuelo, la terquedad de mi madre, la ambición de mi nombre, el destino de una familia acomodada, bien dispuesta a seguir organizando un porvenir de nuevas generaciones comedidas, prácticas, risueñas, aparentemente aceptables, y —¿por qué no?— tal vez crecer un poco sobre el principio más importante: seguir. Juan Manuel fue un retroceso al origen, un nuevo nacimiento. Cada uno de ustedes está atrincheado dentro de sus propios pensamientos. Siempre lo he sabido; es más, he tratado de adivinar lo que esconden con tanto cuidado.

No se preocupen! Algunas veces el hielo y otras el fuego, como es la costumbre. Todo depende de la afirmación y de la negación. Es como el ritmo del respirar. No importa lo que hayan pensado, lo que hayan sentido. Juan Manuel también es alguien para ustedes, por eso están aquí velándolo, presintiendo, aunque hasta el último momento esté viva la inquietud de su forma y de su fondo. Qué mezquinos somos! Yo también lo he sido, aun sabiendo que es parte mía, profunda corriente de la impotencia que vibra en cada uno de mis gestos, señal de mi inutilidad como ser humano, signo de mi terrible carga pasional dentro de un cuerpo febrilmente frío. Me puse a medir sus dimensiones, calculé sus pasos, busqué deslumbrar con sus maniobras, hasta pedí para él ese sentimiento de lástima, que hubiera considerado para mí tan humillante. Ahí está Juan Manuel, aquí lo tenemos, les pido nada más que lo miren con el respeto de un ser humano.

El gris piedra del bajo relieve al adquirir la profundidad de una confesión, al descender las cortinas íntimas de un relato, se consuetudina en un resquebrajamiento sereno que lo hace aparecer como un óleo antiguo, tan oscuro que exige adivinar entre las sombras el contenido de la pintura. Puede haber un hombre solo o muchos, en la oscuridad cabe todo, desde la huella más íntima hasta la vislumbre de algo que se derrama. Por las grietas están los mismos ojos, siempre mirando.

—Me siento cansado. Quizá el tiempo se haya vencido y todavía persistamos aquí en busca de un signo para que el amanecer inicie su tarea despertando...

—No. Estamos porque hemos quedado y seguiremos porque de-

bamos seguir. Nunca me he sentido tan unido a ustedes. Los siglos de la luz y del amanecer están con nosotros.

—Lo que has dicho tiene un toque de oración.

—Es una plegaria.

—¿Se ha dormido, Ernesto?

—No, los estaba oyendo con los ojos cerrados. Nunca he sido místico, pero en este momento... qué sé yo... tenía la sensación de que en este cuarto no hay cuerpos y sí almas.

Uno de los hombres se levanta y camina, el viejo óleo acaba por resquebrajar su contenido como si los pasos estuvieran horadando sus manchas oscuras. Un rayo de luz, tenue y casi tímido, rasga la cortina.

—Una de ellos dijo que deberíamos rezar.

—¿Rezar?

—En las velas se a oscuridad.

—¿Otro acto de teatralidad?

—¡No! El pasaje que se necesita en las despedidas.

—Como las flores en los andenes, como el libro en los aviones, como el "te vaya bien" en las calles...

—Como el adiós doloroso a los que se van.

—Sí... buen viaje.

—Adiós, Juan Manuel.

—Adiós a mí mismo, a mi fracaso, a mi torpeza...

Una luz vaga, difusa, sin fuerza, se diluye en el cuarto. Aparecen las manos crispadas y nerviosas. El ojo sin marco se confunde con las cortinas de humo, con las hojas ajadas, con los ceniceros repletos de colillas. Ve con la rapidez de una acuarela que empieza a detenerse para sumergirse en un detalle, encuentra el pulido a punto de temblar de un bajo relieve y cuando espera la danza plena del movimiento, los signos mirados se secan como en un óleo viejo.

—¿No sería mejor un brindis?

—Eso es cosa de bohemios trasnochados.

La frescura de la luz pone mo sillal de observación en las caras. El ojo descubre el cansancio confundido con cierto aburrimiento irreverente, se asusta de un bostezo demostrando la dimensión desnuda de un apetito, se acorcha ante la extensión de los músculos incómodos en una silla. El frescor que se enciende es viejo, es sucio, se arrastra como un bicho cansado.

—La luz se encargará de decir adiós.

—No la dejaremos dejar, es necesario cerrar esa ventana. Conceda las llaves de nuestra...

—¿Volvamos a la comedia?

—El que no quiera decir adiós a Juan Manuel, tiene la puerta abierta...

—¿Amenacitas a estas alturas?

—Ya no estamos para cortesías. Hemos tenido muchas ya y demasiado empalagosas.

—No es conveniente que a estas horas entrenos en dimes y diretes.

—¿Es que la luz espantó las almas y dejó los cuerpos?

La oscuridad ha borrado los gestos, las señales de incomodidad y cansancio, ha vertido la igualdad horizontal de lo vacío. El ojo se cobra su camino por el viejo óleo resquebrajado. En la penumbra resurge algo blanco, cada vez más puro como una figura sugestiva.

—Sólo Juan Manuel...

—Sí, él.

—Dicen que los...

—Dicen que las...

—Dicen que las...

—Dicen tantas cosas...

—¿Hacia dónde viajan?

—No lo sé. Quizá hacia la nada, pero Juan Manuel tendrá una nada diferente.

—¿Es posible una...

—Más nada, menos nada.

—Eso es un sofisma.

—Eso es una idiotez...

—Y, ¿quién sabe si la...

—¿Quién sabe si la...

—Otro silencio, otro ángel.

—He estado pensando en un...

—Sí. Un responso para Juan Manuel.

—Como en la liturgia.

—Como en la vida.

—Como en el cementerio.

—Como en la poesía.

—¿Un responso para Juan Manuel? ¿Quién podría comenzar?

—¿Quién podría comenzar?

